

**Emitimos Nuestros Algoritmos: La Sombra Algorítmica**

**Byron Batz, Ph.D.**

**© 2026 Byron Batz. All rights reserved.**

**No part of this work may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations used in reviews, academic work, or other permitted uses under copyright law.**

## Emitimos Nuestros Algoritmos: La Sombra Algorítmica

Te sigue.

Te necesita.

Nunca se irá.

¿Quién, o qué, recomendó ese producto, ese pódcast, ese artículo, ese video, o esa canción a ti? ¿Fue un amigo que percibe el rumbo de tus intereses? ¿Un familiar que ha visto tus curiosidades desplegarse a lo largo de los años?

¿O fue algo menos personal y, de algún modo, más íntimo: el algoritmo que te ha observado con una paciencia que ningún ser humano podría soportar, registrando cada clic, cada vacilación, cada mirada prolongada, trazando el espacio negativo de tu atención con devoción matemática?

Y si fue el algoritmo, ¿qué se aprendes de ello? ¿Que te conoce mejor que tus amigos? ¿Mejor que tu familia? ¿Mejor, quizá, de lo que tú te atreves a conocerte?

¿O es la verdad aún más extraña: que el algoritmo no es un conocedor en absoluto, sino una silueta hecha de tus decisiones pasadas, una sombra proyectada por la persona que has estado dispuesto a representar? No quien eres, y ciertamente no quien podrías llegar a ser, sino solo la suma de tus preferencias ensayadas, tus gestos acumulados, tu historia confundida con destino.

Cada preferencia que revelas, cada gusto o disgusto, cada compra y cada devolución, se convierte en una pequeña estrella dentro de una constelación creciente. Los segundos que te detienes en un video, los minutos que entregas a una historia, las horas que pasas vagando entre artículos y reels: todo se recoge, se pesa y se teje en un patrón.

Lo que compartes, lo que repites, lo que amplificas, también son señales. Juntas forman una sombra algorítmica, un segundo yo que te sigue de cerca, aprendiendo de tus impulsos, anticipando tus deseos, susurrando sugerencias antes de que sepas que las quieres.

La cultivas con cada decisión y selección. Y, a su vez, ella moldea el campo de opciones que se despliega ante ti. Tú la alimentas, y ella te alimenta de vuelta, a veces con lo que anhelas, a veces con lo que simplemente toleras, a veces con aquello que una vez miraste de reojo.

Con el tiempo, esta sombra se convierte en una especie de recordatorio; no de quién eres, sino de quién has estado dispuesto a ser en momentos de distracción, curiosidad o deseo. Y como todas las sombras, puede refinarse o distorsionarse. Puede crecer con tus deseos o estrecharse silenciosamente con ellos.

La pregunta que te deja es simple e inquietante: ¿Estás moldeando tu sombra algorítmica, o es la sombra la que te está moldeando a ti?

Los algoritmos no son nuevos. Han existido desde que la oferta y la demanda bailan su danza ancestral. Mucho antes del código de barras, mucho antes de los flujos de datos, había comerciantes llevando sus libros, pesando granos, contando monedas. Aquellos primeros algoritmos eran lentos y con forma humana: un tendero haciendo inventario al final de la semana, un agricultor anotando qué cultivos se vendieron más rápido, un comerciante recordando qué estaciones trajeron abundancia o escasez.

Así, en un sentido más amplio, los algoritmos no solo nos han moldeado individualmente, han moldeado al mundo. Nos han devuelto los deseos del mundo con precisión implacable. Pedimos bienes más baratos, y el mundo nos los entregó mediante las manos ocultas del trabajo explotado. Anhelamos sabores más intensos, y el mundo respondió con alimentos diseñados para la adicción, grasa, sal y azúcar dispuestas como un código escrito directamente en nuestros apetitos.

Lo que consumimos hoy no es un accidente. Es el eco acumulado de nuestras elecciones pasadas, amplificado por sistemas que aprenden de nuestros antojos y nos los devuelven. El mercado no es una fuerza neutral; es una memoria, un reflejo algorítmico de aquello que hemos recompensado con nuestra atención, nuestro dinero y nuestra hambre.

Al final, se nos vende lo que hemos elegido en el pasado, una y otra vez, hasta que el patrón se vuelve indistinguible del destino.

Aquellos eran algoritmos medidos en latidos y cosechas, patrones inferidos de la memoria, la intuición y la aritmética silenciosa de la experiencia vivida. Revelaban tendencias no para la próxima hora, sino para el próximo año. Eran imperfectos, imprecisos y profundamente humanos.

Lo que ha cambiado no es la existencia de los algoritmos, sino su velocidad, su escala y su intimidad. Los antiguos observaban mercados. Los nuevos te observan a ti.

Los algoritmos no aparecieron de repente con la era digital; simplemente se aceleraron. Su crecimiento se disparó en el momento en que se inventó el código de barras. Con ese

pequeño patrón de líneas, tan común ahora que resulta invisible, las tiendas pudieron finalmente unir oferta y demanda en algo cercano al tiempo real.

Lo que antes requería el recuento de una semana o la intuición de un mes podía conocerse en un solo escaneo. Los estantes hablaban con los almacenes, los almacenes con los proveedores, y el viejo y torpe ritmo del inventario cedió a un pulso medido en días, luego en horas.

El código de barras no fue solo una herramienta comercial. Fue una bisagra temprana en la historia de la atención, un punto de inflexión donde el juicio humano cedió terreno a la detección automatizada de patrones. La memoria del comerciante fue reemplazada por la memoria de una máquina; la aritmética lenta de la experiencia dio paso al cálculo rápido de los datos.

Y desde ese momento, los algoritmos comenzaron a crecer no solo en velocidad, sino en ambición. Ya no rastreaban solo mercados. Comenzaron, silenciosamente, a rastrearnos a nosotros.

Ahora los algoritmos son instantáneos. Ya no esperan libros semanales ni recuentos diarios; responden en el tiempo que tarda un dedo en flotar sobre una pantalla. Y no te conocen solo a ti. Conocen la silueta estadística de personas que comparten tu edad, tu género, tu etnia, tu fe, tus hábitos de deseo y evitación.

En el momento en que haces clic, o incluso dudas, el sistema ya te ha colocado dentro de una constelación de otros que se parecen a ti. Tu elección se convierte en un punto más dentro de una vasta red vibrante de correlaciones. Y antes de que registres plenamente lo que has hecho, el algoritmo ya está preparando tu próxima recomendación, anticipando tu próximo gesto, empujando tu próxima preferencia.

Parece previsión, pero es solo patrón. Parece intimidad, pero es solo inferencia. Parece libertad, pero es solo inercia. El algoritmo no predice quién llegarás a ser.

Predice quién es más probable que sigas siendo.

Si te dieras vuelta y estudiaras tu sombra algorítmica, ¿qué forma tendría?

¿Sería una silueta divertida, cosida con videos de gatos graciosos y entretenimientos fugaces? ¿Brillaría con los movimientos de innumerables desconocidos, personas de todas las edades, géneros, tamaños, culturas e identidades, bailando sus danzas en tu

pantalla? ¿Estaría abarrotada de productos que ya posees en exceso, un eco digital de tus armarios repletos y tus deseos medio olvidados?

¿O revelaría algo más sutil: un compuesto de tus impulsos, tus curiosidades, tu aburrimiento, tu anhelo? Una sombra no proyectada por tu cuerpo, sino por tus hábitos, un contorno dibujado por todo lo que has clicado, sobrevolado o casi elegido.

¿Tu sombra algorítmica susurra juicios sobre ti, inteligente o tonto, educado o ignorante, curioso o conspirativo, alegre o deprimido? ¿Te refleja como gracioso, feliz, triste, inquieto o resignado? Y si lo hace, ¿es ese juicio real, o solo el eco de tus clics pasados ordenados en una historia que la máquina confunde con verdad?

¿Puedes cambiarla, remodelarla, doblar su contorno hacia algo nuevo?

Sí, pero solo desafiando sus expectativas. Solo eligiendo algo que no predijo, saliendo de los surcos que tu comportamiento pasado trazó para ti. Sorprender al algoritmo es recuperar una pequeña porción de libertad. Elegir contra tu propia inercia es recordarle a la máquina, y recordarte a ti mismo, que no eres reducible a tu historia.

El poder de la sombra, cuán oscura se vuelve, cuán vasta se hace, proviene de ti. Cada clic, cada elección, cada momento de asentimiento pasivo la alimenta. La sombra algorítmica no es una opresora; es una cómplice que has nutrido en silencio.

Para recuperar el control, debes recuperar tus gestos. Elige con intención. Haz clic con conciencia. Di no a las recomendaciones fáciles de la sombra, aquellas que te empujan por el camino de menor resistencia.

Y cuando sientas el tirón sutil, la conspiración silenciosa para dirigirte en una sola dirección, da un paso lateral. Busca un camino distinto. Toma una decisión que desconcierte al sistema, que rompa el patrón, que le recuerde tanto a ti como a la máquina que tu futuro no está atado a tu pasado. Tu sombra algorítmica debe permanecer detrás de ti y nunca se le debe permitir liderarte.

La libertad comienza en la más pequeña de las desobediencias.

Solo recuerda:

Te sigue.

Te necesita.

Nunca se irá.